

bargo, vamos á habérmolas con dos taimadas provincianas, puesto que dan citas delante del átrio de la iglesia de Nuestra Señora. Sin duda creen que va á pasearse allí todo el mundo por la noche como se hará en su lugar. En fin, los dos mortales afortunados....

—No iremos, dijo Enrique.

Roger hizo un gesto.

—¡Bravo! dijo Montalt; don Quijote de la Mancha no hubiera dicho otra cosa.

—No veo inconveniente..... comenzó Roger.

Enrique se acercó á su oído.

—Tal vez á estas horas están leyendo en medio de las lágrimas Elena y Diana tu carta.

—No iremos, repitió resueltamente Roger.

—Entonces, dijo el nabab, será forzoso que vaya yo

Algunos minutos despues llegaban á la administracion de las mensajerías, donde Mr. Jones, mayordomo de milor, esperaba á su amo, de traje negro y con el sombrero en la mano.

Roger, Enrique y el nabab subieron en una elegante carretela que los llevó al galope de dos magníficos caballos hácia el arrabal Saint-Honoré.

XI.

TRES CABALLEROS.

Hacia seis semanas ó dos meses que se había visto establecer en la gran fonda de Las Cuatro Partes del Mundo, situada en la calle de Valois-Batave, delante del Palacio real, una colonia compuesta de extranjeros bastante notables.

Habia tres hombres y dos mujeres sin contar los criados, y vivian en familia sin embargo de que todos llevaban nombres diferentes.

En 1820 las numerosas fondas agrupadas en torno del Palacio real estaban aún habitadas casi exclusivamente por ese pueblo cosmopolita de jugadores y vividores que atraian la ruleta y la gloria europea de las diosas situadas en las galerías.

El Palacio real era el centro de esos alegres misterios; los golosos de provincia hablaban con terror de él á los pícaros sobrinos. Su nombre era tan brillante en las frías márgenes del Neva como en las orillas del Támesis, ese brumoso Pactolo que rueda guineas; Viena, Berlin, Italia, enviaban á ese templo, abierto á todos los deseos, innumerables devotos.

Los salvajes de América contaban maravillas en sus wigwams al beber vasos de aguardiente, y los buenos musulmanes de Turquía alimentaban la secreta esperanza de que allí estaba precisamente el paraíso anunciado por el profeta.

En esa sociedad que se renovaba sin cesar en torno del Palacio real habia casi tantos verdaderos señores como aventureros de baja estofa, y seguramente era difícil distinguir á los unos de los otros; así pues maldito el pesar que causaba esto. Habia una especie de medida que servia para todos indistintamente en aquel pueblo de condes y de barones, donde la santa igualdad, como se dice á los postres de los banquetes políticos, era practicada religiosamente.

No se dividia á los hombres en cristianos ó paganos, en realistas ó liberales, en nobles ó plebeyos; habia únicamente bolsas vacías y bolsas llenas.

Las bolsas llenas constituian las personas de posicion elevada. Las bolsas vacías daban derecho al título de bergante.

Y como el azar reinaba allí como único y supre-

mo Dios, todo bergante podia convertirse en hombre de categoría y vice-versa.

En cuanto á la moral, nadie se ocupaba de ella. En las fondas el rigor mas puritano llegaba á veces á pedir un pasaporte.

Esto cuando mas.

Escusado nos parece decir que á nadie pasaba por la imaginacion la loca idea de inquirir si el marqués tal tenia pergaminos verdaderos ó falsos, ni tomar la mas pequeña noticia acerca de saber de dónde dimanaban los billetes de banco que el príncipe . . .ski tenia siempre en su bolsillo.

En una sociedad constituida bajo este pié de liberal tolerancia, la pequeña colonia de la fonda de las Cuatro Partes del Mundo debia gozar una consideracion muy distinguida. En efecto en la caja comun poseia dinero, se daba muy buena vida, jugaba muy fuerte, comia soberbiamente y el disgusto no habia mostrado aún una sola vez el extremo de sus orejas.

Así nuestros cinco extranjeros no eran de esos emigrados adocenados que abandonan su país sin saberse por qué. Viajaban, á lo menos los hombres, por negocios políticos y ocultaban bajo apariencias frívolas el manejo de los intereses mas graves.

El caballero de Las Matas preparaba una revolucion; el conde de Monteiro sentaba las bases de la carta portuguesa, y el noble baron Bibandier, de Berlin, iba á comunicar á los liberales de Francia las preciosas ideas de la libertad alemana.

Con ellos viajaban la marquesa de Urgel, viuda

de un grande de España de primera clase y hermana del caballero Las Matas. Esta marquesa era una mujer adorable, ardiente como una andaluza y no tan cruel como una parisiense.

No había habitado la fonda mas que un mes ó cinco semanas, y despues se le había visto partir con una jóven de que ya hablaremos. Habitaban entonces en otro barrio, pero iba muchas veces al dia á la fonda.

La jóven que la había seguido, y que tambien debemos hacer conocer al lector, parecia apenas salida de la infancia. En la fonda de las Cuatro Partes del Mundo no se había hecho mas que verla en el momento de la llegada. Desde entonces no había salido de su habitacion una sola vez.

Estaba sin duda muy enferma, y solo la camarista de la señora marquesa era la que tenia derecho á prodigarle sus atenciones.

Las gentes de la fonda solian hablar alguna que otra vez de aquella en torno de la que parecia como caer un velo misterioso. Sin embargo de que no se la había visto mas que una sola vez, todos recordaban su belleza verdaderamente esquisita.

Al atravesar los corredores para llegar á su estancia, muy retirada por cierto y que no debía dejar sino para seguir á la marquesa á su nueva habitacion, aparentaba la pobre niña estar muy triste. Su pálido rostro espresaba el abatimiento y el terror.

Hubiera podido creerse que era hermana menor

de la marquesa; pero sus fisonomías presentaban un contraste completo, y además la tez blanca y la rubia cabellera de la niña desmentian un origen español.

Fuese lo que fuese, la camarista de la marquesa ponderaba en alto grado el cariño que su ama profesaba á la jóven.

—¡Ah! decia ella á propósito; bien puede dar gracias á Dios por su suerte, porque no recibe en todo el dia mas que cuidados y caricias.

—¿Pero no ve nunca á esos señores? preguntaba la gente de la fonda.

—¡Ah! no me habéis de eso, contestaba la doncella: es tan indolente.... con solo abrir la ventana de repente cree que ya se va á morir.

Lo que acabamos de referir tenia lugar muy cerca de dos meses despues de sucedidos los acontecimientos del castillo de Penhoel: reinaba á la sazón el mes de octubre y comenzaba á refrescar la temperatura.

En la sala del departamento ocupada por nuestra pequeña colonia en la fonda de las Cuatro Partes del Mundo se encontraban reunidos el caballero Las Matas, el conde de Monteiro y el baron de Bibandier.

En la chimenea ardia un buen fuego para que estos tres personajes se calentasen, y la mesa, que permanecia aun puesta en medio de la estancia, conservaba los restos de un almuerzo suculento.

Imposible era engañarse; solo la vista de nues-

tros tres caballeros, aparte del acento escótico que cada uno de ellos tenia en el mas alto grado, bastaba para colocarlos en la clase de los extranjeros.

La Francia tiene en efecto su corte particular que cambia segun el tiempo y la moda, pero que no se aviene nunca con las fisonomías de los pueblos vecinos.

En la época en que pasa nuestra historia estaban los rostros parisienses cuidadosamente rasurados. Veíanse apenas algunas diminutas patillas formar un semicírculo y unirse á la oreja y á la nariz, que campeaba sobre un labio desprovisto de toda clase de bigotes. El cabello corto se peinaba á lo Tito.... Así, pues, para aparecer extranjero bastaba solo llevar largos los cabellos y mucha barba.

Las cabelleras de nuestros tres caballeros caian sobre sus espaldas, y sus barbas hubiesen causado envidia al Judío Errante.

En su calidad de hijos de la Península, el conde y el caballero eran morenos como cuervos; en cambio, el baron Bibandier llevaba una de esas largas pelucas germánicas que se asemejan á una rueca cargada de estopa.

Eran en verdad personajes bastante notables para merecer una descripción detallada, pero tenemos el medio de evitarla diciendo simplemente al lector, si es que ya no lo ha conocido, que el caballero Las Matas, el conde de Monteiro y el baron Bibandier eran simplemente sus antiguos amigos Roberto, llamado el Americano; Blas, apellidado el Zala-

mero, y Bibandier, antiguo jefe de los bandidos de Bretaña.

Los dos primeros habian creído conveniente disfrazarse completamente y cambiar de nombre para escapar de las pesquisas de la policía, que poseia sus señas particulares y su historia.

En cuanto al antiguo bandido, se encontraba en igual caso, aunque no con tanto peligro, porque habia tenido la destreza de ocultar á la justicia su hermoso nombre de Bibandier.

Roberto y Blas se habian dirigido á Paris inmediatamente despues de su espulsion del castillo. Dejaban á su espalda á Lola, pero se traian á la pobre Blanca, que Roberto habia ocultado como una presa en la cueva del antiguo bandido Bibandier, en los campos de Bains.

Este rapto se habia verificado contra toda la voluntad del Zalamero, que entonces como antes no gustaba nada de las cosas inútiles. Pero Roberto se habia sostenido en su resolución. Tenia su proyecto, y entonces menos que nunca hubiera consentido en deshacerse de la heredera de Penhoel.

Apenas salidos del castillo, se habian vuelto á hacer Blas y él los dos mejores amigos de la tierra. El Zalamero osaba apenas discutir acerca de Blanca; tanto sentia el buen muchacho aquella escena que habia pasado en el castillo de Penhoel, y de que su antiguo camarada habia sido el protagonista.

Entonces, que no habia ya medio de proporcio-

narse sin partir las veinte mil libras de renta, estaba arrepentido Blas.

Roberto sin embargo no pensaba en darle la menor queja.

El triunfo los había desunido; la derrota común los volvía á unir.

Necesitaban aún uno de otro y no deseaban otra cosa que ligarse estrechamente para comenzar la lucha de nuevo sobre nuevos intereses.

Roberto además tenía demasiadas cosas en la cabeza para tener tiempo de comenzar una querrela inútil.

Era, ya lo hemos dicho, una naturaleza admirablemente organizada para las dificultades de la lucha, pero que se dormía en la fortuna, perdiendo buena parte de su audacia á medida que el bien conquistado iba adquiriendo las probabilidades de pérdida.

El Americano para ejecutar sus escamoteos atrevidos necesitaba bolsillos vacíos y manos limpias.

En ese momento, lejos de encorvar la cabeza bajo el golpe que le hería, se levantaba mas valiente que nunca. Los diez mil francos que se le habían tirado como un hueso que roer, no eran mas que la primera imposición para comenzar la partida. Volvía á reconocerse; las ideas abundaban en su imaginación, y no sin alegría pensaba en aquel gran barullo parisiense en que iba á precipitarse armado de todas armas.

Desde ese primer momento podía contar mas de

una cuerda en su arco, y Blanca le parecía la mejor de las dotes. ¿Pero cómo llevar á Blanca contra su voluntad? Andar cien leguas con una jóven que se resiste, que llora, que pide socorro, es seguramente imposible.

Roberto tenía para mentir un talento de primer orden, y la pobre Blanca era muy fácil de engañar. Cuando Roberto la colocó en la grupa en los campos de Bains, Blanca le suplicó con las lágrimas en los ojos que la llevara á los brazos de su madre.

Roberto le dijo con acento admirado:

—¿Pensais que he obrado si tener sus instrucciones? ¡Ignorais cuanto pasa en el castillo!

El Angel abría ya su grandes ojos tímidos y erédulos.

—¡Ay! ¡pobre niña! prosiguió Roberto; os ama tanto la Señora.... Os ha ocultado la desgracia hasta el último momento. Pero cuando se creía sola ¿no habeis visto sus ojos inundados de lágrimas?

—¡Oh! sí, murmuró el Angel.... muchas veces.

—¿Y no habeis advertido que me buscaba con frecuencia para hablarme en secreto?

—Sí.

—Es que yo era su confidente. Sabia cuánto sufría la pobre y santa mujer.... Procuraba consolarla, pero no he podido defenderla.....

—¡Dios mío! ¡Dios mío!.... murmuró el Angel, ¿qué ha sucedido á mi madre?

—El señor de Penhoel ha ido vendiendo poco á

poco sus granjas, sus molinos, su castillo.... prosiguió Roberto, á quien la verdad daba entonces gran fuerza de persuasión.... Pontalés se lo ha comprado todo, Pontalés, que se llamaba amigo.... Y vuestra madre, que tiene confianza en mí, me ha suplicado que os condujese á Rennes, donde irá á reunírsenos.

Blas, que trotaba delante, se maravillaba de que hubiera que emplear tanto engaño y tanta precaucion para asegurar á una niña enferma y tímida por demás, á una heredera arruinada, una boca inútil.

—Pero, preguntó el Angel, ¿por qué no me ha traído mi misma madre?

El Americano bajó la voz como para hacer una gran confidencia.

—¡Pobre é inocente niña! añadió; porque era preciso defenderos de vuestro padre.

—¿De mi padre?

—No me atrevo á decíroslo todo.... Vuestro padre se encuentra á merced de Pontalés, y el joven conde Alain os amaba.

—¡Oh! dijo Blanca asustada.

Luego añadió estrechándose contra Roberto:

—Gracias, Mr. de Blois, gracias por haberme salvado.

Blanca no tenia el menor género de duda. En Redon subió en un carruaje, confiada y llena de esperanzas de encontrar á su madre.

Como no tenia idea alguna de las distancias, el

camino de Redon á Rennes pudo prolongarse mucho mas allá de los límites de la Bretaña, y cuando al fin manifestó algunas sospechas, se apresuró Roberto á inventar una nueva historia.

Viajaban en silla de posta y con gran rapidez.

Llegaron á Paris algunas horas despues que la diligencia que condujo á nuestros dos jóvenes y á Montalt.

Inmediatamente se apearon en un barrio desconocido, con el objeto de ver el idioma que debian hablar, y reconocer el estado de la plaza.

Blanca, enferma, pasaba los dias en la cama preguntando por su madre.

Al cabo de media semana se vió llegar á Lola, á quien el anciano marqués de Pontalés habia puesto muy bonitamente en la puerta de la calle. A los pocos dias entró una mañana el buen Bibandier en la estancia donde provisionalmente se habian instalado sus dos compañeros, estrechando á los dos contra su corazon con la mayor efusion.

—Nada de quejas ni recriminaciones, dijo; el otro dia os jugué una pasada regular, pero tengo quince mil francos y los uno al fondo comun.

Los corazones bien nacidos no guardan rencor. Hízose subir vino y se celebró consejo, despues del cual nuestros tres amigos y Lola cambiaron de nombre para figurar con decencia en el barrio.

La misma noche el caballero, el conde, el baron y la señora marquesa, llevando á Blanca consigo,

hicieron su entrada en la gran fonda de las Cuatro Partes del Mundo.

Los negocios se anunciaban á las mil maravillas, y nuestros tres caballeros habieran vivido en la mas perfecta union sin Blanca, que era un perpetuo motivo de inquietud y disension.

Blas y Bibandier veian en efecto un peligro por demás real y evidente. Se veian obligados á encerrar entre cuatro paredes á la jóven para impedirle que se comunicara con las demás gentes de la fonda, y este secuestro comenzaba á ser por demás peligroso.

Blas decía:

—Nuestra situacion es muy precaria por sí misma para que vayamos á aumentar el peligro. Conviene alejar de nuestro lado todo lo que pueda infundir sospechas, y puesto que el Americano espera obtener todos los beneficios del rapto, que cargue él solo con la esposicion.

Bibandier agregaba á esta opinion el apoyo de su elocuencia.

El caballero de Las Matas se vió obligado á ceder.

Recurrió á Lola, que nunca le rehusaba nada. Esto no era en la marquesa amor ni amistad, sino buenamente una antigua costumbre de obedecer.

Escogióse un modesto barrio al otro lado del Sena, donde la señora marquesa de Urgel alquiló á su nombre una habitacion.

El sitio escogido fué esa parte del barrio de

Saint-Germain, que no es ya la patria de las escuelas turbulentas, pero que todavía no ha llegado á ser el elegante barrio.

A la entrada de la calle de Santa Margarita, por la parte de la Abadía, habia una casa de decente apariencia, que parecia verdaderamente hecha para una verdadera dama y su pupila. En esta casa fué donde Lola plantó sus reales, y nuestros tres compañeros, libres de todo cuidado, pudieron entregarse al acrecentamiento de su industria.

La mañana avanzaba; el caballero de Las Matas y el conde Monteiro tenian aún puesta la bata, pero el baron Bibandier se ocupaba ya en vestirse.

El caballero estaba sentado con los piés á la chimenea, delante de una mesita que contenia recaído de escribir. Tenia bajo la mano medio plieguecito de papel escrito todo y lleno de cifras. En torno suyo estaban abiertas cuatro ó cinco obras de aritmética y álgebra, que consultaba con la mayor atencion.

Al otro lado el conde Monteiro fumaba una pipa ensayando una baraja.

El baron Bibandier estaba al otro extremo de la habitacion, delante de un espejo en que se miraba con complacencia estremada.

Los tres estaban completamente desfigurados. La barba y los cabellos largos sentaban perfectamente al rostro pálido de Roberto, que podia pasar por un caballero español de bastante buena figura. El Zalamero se habia visto obligado á cortarse el

cabello y proveerse de una peluca negra para aparentar una fisonomía portuguesa. Además, se había teñido la barba, y á su mejor amigo le hubiera costado mucho trabajo reconocerle.

En cuanto á Bibandier, unas cuantas semanas de abundancia le habian sentado tan bien, que en rigor su rostro y figura hubieran podido hasta servirle de careta.

Su tez, amarilla antes, tenia ahora algun sonrosado; sus mejillas descarnadas se habian llenado. Hasta comenzaba á tener vientre.

—¡Ah! ya! dijo Blas metiendo la uña en uno de los naipes; señor baron, ¿no habeis acabado aún de poneros el corsé?

—Es admirable lo que yo engrueso... replicó Bibandier sonriendo al espejo; habia encargado á ese bribon de peluquero que viniese á rizarme la barba...

—¡Americano! dijo Blas.

Roberto levantó la cabeza sobresaltado.

—Mira lo que está haciendo el señor baron... ¿no te parece que está ahora mucho mas feo que antes?

—Mucho mas feo, contestó Roberto, volviendo de nuevo á consultar los libros.

Bibandier hizo una pirueta, encogiéndose de hombros.

—Hijos míos, murmuró, decid cuanto os parezca. ¿Es envidia ó caridad?

Y prosiguió mirándose al espejo y haciendo toda clase de piruetas.

—Ya está arreglado el juego... Si tuvieras tiempo, Americano, de enseñarme el modo de echar el *pego* al rey...

Roberto hizo un gesto de impaciencia.

—Ya ves que estoy muy ocupado en hacer estas operaciones, replicó: cada vez que me vienes á contar alguna de esas tonterías, tengo que volver á comenzar estos endiablados cálculos. A no ser por tí, fastidioso, ya tendria yo mi desquite.

—¡Ah, ah! dijo el Zalamero; bonito estará tu desquite; dale una tacita de caldo para que no pierda las fuerzas.

—Vamos, dijo Roberto, ¿quieres ó no dejarme en paz?

Blas se puso de nuevo á barajar las cartas señaladas.

—Serénate, Americano, dijo: respeto tu desquite, hijo mio, y procuraré trabajar solo.

Estendió las cartas en un extremo de la mesa, comenzando una série de golpes de destreza que no carecian de mérito.

Llamaron suavemente á la puerta.

—¡Ah! dijo Bibandier con alegría; ya está mi hombre.

Blas habia hecho desaparecer en la manga de su bata las cartas.

Abrióse la puerta y se vió aparecer en su dintel

un hombre alto vestido con un antiguo uniforme del centro.

La Alsacia solo tiene el secreto de producir esas excelentes cabezas cuyas mejillas, nariz y frente parecen retroceder humildemente para hacer resaltar dos triunfantes quijadas capaces de esterminar un ejército de filisteos.

—¡Ahl! dijo Bibandier desanimado; no, es mi maestro de alemán. Buenos días, Graff.

El soldado llevó la mano á su chacó.

—Buenos días, caballero, y la compañía, dijo entrando.

—Buenos días, contestó el noble baron de Bibandier.

Blas comenzó á hacer muñecas y reírse, aunque ocultándose del recién llegado para que éste no viera la burla que de él hacia. Bibandier lo notó y dirigió á su compañero una de esas miradas de enfado que Blas aparentó no advertir. Despues se dirigió al recién llegado, preguntándole con la mayor fatuidad y aparentando un aire y tono de nobleza tan ridículo y exagerado que hubiera causado risa á cualquier persona acostumbrada á frecuentar una sociedad medio regular:

—¡Y qué!

El soldado permaneció guardando silencio por un momento y como interrogando con la mirada qué queria haber dicho con aquella palabra; pero como viera que Blas guardaba el mas profundo silencio, dijo:

—He sido el farfero del fatallon.

—Repetid eso, señor baron, exclamó Blas: he ahí una frase que contiene todos los principios de la jerigonza.

Pero el baron estaba ocupado en otra cosa.

El de Alsacia no se reia.

—Yo soy muy puen parpero porque he nacido en parpas: mi padre fué parpero, mi abuelo era tambien parpero y mi pisafuelo....

—Y así sucesivamente, dijo Blas.

—Yo Graff, dijo el soldado poniéndose en disposicion de afeitarse.

Callóse un momento, pero al poco tiempo volvió de nuevo á agitar sus quijadas.

—Famos.

Roberto se golpeaba la frente, porque perdia el hilo de sus cálculos.

—Manos á la obra, exclamó Bibandier.

Sentóse delante del espejo. Graff se apoderó de su cabeza.

En cortos momentos salió Bibandier de manos de Graff con la cabeza ya arreglada y peinada, y éste se despidió despues de haber pedido al señor baron que le satisficiera la cuenta, pero sin haberlo conseguido, porque no tenia mas que billetes de banco, y prometiéndole pagársela al otro dia.

Apenas hubo salido cuando se levantó repentinamente el caballero Las Matas, dando un fuerte puñetazo en la mesa.

Arquímedes debia tener aquel aire radiante cuan-

do recorría en su abandono histórico las calles de Siracusa admirado.

—¡Ya está! exclamó, ¡ya está!

—¿Tu desquite? preguntaron á la vez Blas y Bibandier.

Roberto se enjugó la frente.

—No me ha costado poco trabajo replicó; pero por todos los diablos que me ha de pagar Montalt en oro tanto como yo peso.

—Y así sucesivamente dijo Blas

—Yo Garb, dijo el vestido condescendiente en digne

—Famos

Roberto se golpeaba la frente porque perdía el

—Manos á la obra, exclamó Bibandier

Señales delante de Garb se agachó de

En ciertos momentos salió Bibandier de manos

de Garb con la cabeza por arrojada y peinada

este se despidió después de haber pedido el señor

baton que lo sacó á la puerta, pero sin haberlo

conseguido, porque no tenía mas que dicitelo de

banco y prometiéndole pagárselo al otro día

Apenas hubo salido cuando se levantó repentinamente el



XII.

EL DESQUITE.

Blas y Bibandier aparentaban igual incredulidad.

—Americano, dijo Blas, tienes talento porque tienes naipes.... esto es una cosa incontestable.... pero ya va de muchas veces que ensayas tu desquite.

—¡Tu desquite! añadió Bibandier; eso equivale á tener agua en una cesta.

Ocupábase en aquel momento de abrochar sobre el pantalon de azul celeste un soberbio chaleco de terciopelo carmesí con botones brillantados.

—¡Maldito lo que entendeis de esto! exclamó el